

## **EN TORNO A LOS CIENT AÑOS DE LA UFCM.-**

### **MUJERES, FE Y CULTURA**

#### **UNA HISTORIADORA QUE HIZO HISTORIA:**

#### **ALICIA PUENTE.**

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Concluyo, al fin de 2012 con las colaboraciones que esta revista benemérita me dio la oportunidad de escribir. Trataron acerca de mujeres que sin estridencias ni llamaradas de efímera luminosidad dieron su aportación histórica a la comunidad de los mexicanos y a la Iglesia que peregrina junto al paso de esta nación. Espero que siguiendo su línea modesta, hayamos comprobado que la fuerza del Espíritu se ha hecho presente y no ha dejado de impulsar huellas de amor verdadero y compromiso profundo, que no ha dejado de impulsar también creatividades múltiples para bien de un pueblo que, “en medio de las tribulaciones de este mundo ha recibido los consuelos de Dios”, para expresarlo en una bella frase de San Agustín.

Si bien “Cultura cristiana” ha tenido en mente todo sobre la conmemoración de los cien años de la fundación providencial de la Unión de Damas Católicas, continuada en la UFCM, pocas de las mujeres sobre las que escribí pertenecieron propiamente a ese organismo. No obstante, todas estuvieron en consonancia con la intuición de servicio a la fe y a la cultura que ha sido también el propósito de la UFCM. Al escoger nombres, biografías y acciones tuve presente lo que hace años, en más de una reunión de la Comisión Episcopal para los laicos, solía subrayar Monseñor Adolfo Suárez a propósito de quienes llamaba, en reminiscencia de un grupo de naciones llamado así durante los años de la Guerra Fría, “no alineados.” Tuve también presente, con enorme cariño, el ejemplo de mi madre, Doña Berta Nolasco de Olimón, quien fue fervorosa, comprometida y apostólica de corazón, pero no se integró a ningún grupo de apostolado.

Espero haber rendido algún servicio no sólo en cuanto rescate del olvido sino —ojalá— como incentivo de avance en la línea del Concilio Vaticano II que no ha de ser sólo recuerdo sino sobre todo proyecto integral de vida cristiana.

-----

En esta colaboración postrera siento que es un deber escribir sobre Alicia Puente, “la historiadora que hizo historia,” fallecida hace apenas unos meses, dentro de este año de 2012.

Ella fue mujer que aunó en su persona la sencillez de vida, el entusiasmo por el Concilio, el impulso dado a la Iglesia latinoamericana sobre todo en Medellín y las causas de los pobres y oprimidos con la profundidad académica e intelectual para realizar y acompañar trabajos sobre todo de sociología religiosa que necesariamente tenían que enfocarse desde el punto de vista histórico.

Sus trabajos escritos abarcaron temas importantes para la comprensión de la marcha de la Iglesia y especialmente de los laicos en ella a lo largo de los últimos tiempos. Siguió de cerca los trabajos del CEHILA (Comisión de Estudios de Historia de Latinoamérica) y no cejó en abrirlos a la temática relacionada con la importancia de la presencia de la mujer en la investigación del acontecer de los tiempos.

Tuvo cariño especial a quienes resistieron a las persecuciones religiosas del siglo XX mexicano desde “la base popular” y estudió con seriedad muchos de sus perfiles. Sólo menciono su libro ilustrado del 2002 “Movimiento cristero. Una pluralidad desconocida”<sup>1</sup> y el rescate de la narración testimonial de José Refugio Padilla Galindo que presentó bajo el título de: “No éramos bandidos...tan sólo cristianos”<sup>2</sup>, que fue quizá la última de sus publicaciones. Su penetración analítica le hizo llegar a conclusiones que superan la afectividad, los odios y los sentimientos. De ese modo concluyó acerca del movimiento cristero y su pluralidad: “...no es posible considerar a la cristiada como una gran epopeya de héroes y mártires...Tampoco se le puede calificar como un fanatismo conservador negándole su heterogeneidad y complejidad. Habría que reconocer como un punto básico la lucha entre el poder religioso y la fuerza de lo religioso, presentes en la sociedad, la política y la Iglesia.”<sup>3</sup>

Algunos de sus alumnos, a causa de su cercanía y su especial capacidad para dar confianza y tener a la mano palabras afectuosas y atinadas, la llamaron “tía” y le confiaban no solamente preocupaciones intelectuales sino cuestiones personales acerca del trazo de su vida tantas veces incierto entre los jóvenes.

Quien la trató, tanto desde el ángulo de su compromiso católico como desde el de las tareas académicas notó su peculiar calidad humana, elemento fundamental para reconocer en alguien la hondura de su fe.

Ahora que ha terminado su camino sobre la tierra, valdrá la pena evaluar su obra y seguir la huella de su ejemplo femenino y cristiano.

---

<sup>1</sup> Editorial Progreso, México 2000.

<sup>2</sup> IMDOSOC, México 2009.

<sup>3</sup> Movimiento cristero, pág. 191.